

Padre Gabriel Guarda, O.S.B.:

"Le dieron el Premio Nacional de Historia a un Monje"



EL Monasterio Benedictino de Las Condes limita al fondo con nuestra cordillera y hacia lo alto sólo con la imaginación. Hoy declarado Monumento Nacional, fue construido hace 20 años por el nuevo Premio Nacional de Historia, monje benedictino, sacerdote, arquitecto... e historiador, padre Gabriel Guarda, en conjunto con otro monje, el hermano Martín. Está concebido para reflejar la austeridad y sencillez propias de la orden y destaca especialmente la importancia de la luz, bajo la inspiración de la frase de Cristo: "Yo soy la luz del mundo".

Nos internamos temprano en la infinita paz del monasterio para realizar la segunda entrevista que el padre Gabriel Guarda ha concedido en sus 56 años de vida, sólo que la primera tuvo como protagonista a San Benito, cuando se conmemoraron los mil quinientos años de su nacimiento.

—¿Por qué empleó la palabra benevolencia cuando le avisaron que se le había concedido el Premio Nacional de Historia?

—Porque la benevolencia es una condescendiente bondad y considero que en esta forma actuó conmigo el jurado y estoy muy agradecido —responde con una voz firme y cálida, que denota la perfecta armonía de una personalidad sin estridencias.

—Habiendo definido la historia como "la base de la cultura de los pueblos", ¿cómo considera que es el nivel de importancia que ocupa hoy en la educación chilena?

—Temo que muy débil y lo digo porque entre mis alumnos, a quienes quiero mucho, veo que la base es débil y eso que elijan libremente sus cursos, que son optativos, así que es de imaginar cómo será esa base entre los que no tienen interés por el tema. Tengo entendido que se está reconsiderando el criterio en esta materia, de lo que me alegro, porque un pueblo que no conoce su historia tampoco puede tener identidad.

—¿Cuánto le inquieta el grado de conciencia que se tiene en Chile con respecto a la identidad nacional?

—Creo que existen muchas personalidades entre las cuales está muy claro el concepto, pero me pregunto hasta qué punto en la base, en la masa de la población, en los grandes conjuntos de grupos y estratos del país, en materia humana, está presente esta realidad. Es cierto que el índice de la comercialización de las publicaciones históricas señala un positivo interés, pero cuando miro hacia la base temo un poco.

—Su obra Historia de Valdivia, escrita a los 22 años, ¿considera que marca el curso de su trayectoria posterior?

—En cierto modo sí, porque el interés por el suceso está presente en mí desde niño y como esa obra se refiere justamente a esta ciudad importantísima del sur, me abrió muchas pistas para la realización de estudios posteriores y también me permitió romper el miedo a publicar. Ahora me doy cuenta de que fue toda una audacia.

—Usted ha abordado el estudio de Valdivia desde todos los ángulos. ¿Aparte del afecto por su tierra natal, la ve en algún sentido como una ciudad-símbolo?

—Ciertamente que sí. Es una ciudad muy hermosa y atractiva. Ha sido destruida por el hombre, por los terremotos, por las decisiones administrativas, por el centralismo y otros factores, pero a pesar de todo va a seguir siendo una ciudad con una gran vitalidad propia y sobre todo con gente muy interesante, entretenida y culta.

—Hay especialistas que califican su "Historia del Reyno de Chile" como una obra magna en investigación urbanística. ¿En qué forma ve y siente hoy la ciudad?

—La veo en un aspecto alarmante y es que el hombre que debe ser el señor de la ciudad ha pasado a ser su esclavo y eso significa la ruptura de la armonía. Eso viene de la "conurbación" o "megapolíis", que es el fenómeno de crecimiento excesivo de la ciudad. Enseguida tenemos el problema de la concentración de poblaciones marginales, derivadas del éxodo del campo a la ciudad, no resuelta por ninguna instancia realista, no obstante los meritorios esfuerzos teóricos e incluso prácticos, que se hayan tratado de realizar.

—Usted tomó los hábitos a los 30 años, lo que indica una decisión madura. Actualmente hay mucha gente vinculada a usted en el plano de la orientación espiritual. ¿Qué importancia concede hoy al despertar de vocaciones?

—Creo que esa es mi principal tarea. Se me ha dado un premio por una labor, que con todo lo valiosa que pudiera considerarse es secundaria en mi vida, porque hay que ser realista, le dieron el Premio Nacional de Historia a un monje. Pero digo que la orientación espiritual es lo más importante porque es la vida humana, es el hombre con su inquietud más íntima.

—¿Qué recuerdos tiene de Fray Pedro Subercaseaux?

—Lo conocí antes de entrar yo al monasterio, incluso me dio algunas lecciones de dibujo. El murió en 1956 y yo ingresé aquí en 1968. Era una persona encantadora, atractiva, sencilla, humilde, de buen humor, como lo es toda su familia con la cual este monasterio está muy ligado.

—Entre las personas que han tenido influencia en su vida como historiador se le vincula en forma especial con don Jaime Eyzaguirre. ¿Cuáles fueron los caminos más perdurables que él le señaló?

—Era un ser tan rico como persona que su influencia va más allá de la historia. Lo conocí en el Monasterio Benedictino, siendo yo un tímido muchacho seglar y él un historiador conocidísimo. Me incluyó en las conversaciones con un grupo que yo llamaría sus discípulos y que se reunían en torno a él en forma espontánea. Así conocí a personas que quiero mucho y que terminamos dedicados a la historia, siendo muy amigos y teniendo el sello, no solamente de la huella historiográfica de Jaime Eyzaguirre, sino que de su maravillosa parte humana.

Historia de la Iglesia en Preparación

Para describir al padre Gabriel Guarda tal vez lo más justo sea definirlo como un hombre de Dios, porque aun cuando su corazón se multiplica en afectos terrenales, irradia una serenidad propia de un espíritu en calma.

—En algunos cristianos han producido particular inte-

rés los planteamientos de un personaje de nuestra historia cultural y religiosa como fue el padre Lacunza. ¿Qué opinión usted sobre este tema?

—El padre Lacunza es uno de los escritos más grandes que yo me tengo y teológicamente es extraordinario, pero no debemos sacarlo de contexto. El genio, con justicia terrible, bajo el peso de la expulsión de la Compañía de Jesús y de su extinción y murió sin ver cómo se levantó hasta ser hoy una orden próspera. Todo eso signa finalista que él veía ante una intervención, incluso de la Santa Sede, en contra de una orden tan benemérita, yo pienso que le hizo ver e interpretar demasiado negativamente los textos, que tan sabiamente él ocupaba. Entonces, con todo el aprecio que siento por este gran valor del pensamiento chileno y por los que lo investigan, creo que el fenómeno está desde los primeros tiempos de la Iglesia. Ya en el siglo II había cristianos esperando el final de los tiempos, producto de la misma revelación, porque en la Escritura decía: "Esta generación no pasará". Pero el tiempo de Dios no es el tiempo de los hombres, de tal manera que sólo Dios conoce su tiempo.

—¿De qué manera aprecia la vinculación entre la teología y la historia?

—De la siguiente manera: no se puede escribir, como lo han hecho, una Historia de la Iglesia solamente con criterios teológicos y sin las exigencias de la metodología histórica, porque podría hacerse abstracción de hechos reales que han sucedido y que se conocen a través del método de investigación histórica.

—¿Cómo va encaminado su trabajo sobre la Historia de la Iglesia Chilena, que sabemos está preparando?

—Hasta ahora he estado haciendo monografías que van rodeando algunos capítulos futuros o de los temas que hay que incorporar y de los cuales no he tenido un conocimiento estoy terminando un trabajo que era previo y que se llama "Centro de Evangelización en Chile", durante el período español, que es el que se delimita esta Historia de la Iglesia, es decir, desde la entrada de Pedro de Valdivia hasta la Independencia. Es la época en que la Pastoral, la Catequesis y todo lo que conforma la raíz de la formación cristiana del país se desarrolla mejor, sin agentes perturbadores externos.

—Considerando que se vive hoy en un mundo muy convulsionado, ¿logran mantenerse los Benedictinos al margen de las contingencias?

—Hace unos años estubo en el monasterio el gran teólogo dominico francés, padre Yves Congar, y cuando le preguntamos cuál creía que era nuestra misión hoy, nos dijo: "Ustedes son los que reconcilian al mundo, porque los dominicos nacimos contra los cátaros y albigenses; los jesuitas nacieron contra los luteranos" y citó otras órdenes que habían nacido contra distintas cosas. Entonces añadió: "Creo que nuestra misión hoy es la reconciliación con Dios, por eso sus monasterios son lugares de encuentro". Además, cuando San Benito creó los primeros monasterios existía un gran caos político y no hay ningún reflejo de esa situación ni en su vida ni en su regla, porque él mismo, San Gregorio, nos dice: "Creo que nuestra misión hoy es la reconciliación con Dios, porque como no hemos vivido otras épocas creemos que lo que ocurre hoy es inédito".

—¿En qué fase va su próxima obra sobre Joaquín Toesca?

—Estoy preparando un estudio sobre él con muy buen material, obtenido en 1982, durante el año que pasó en Roma. Me ha retenido de dar forma final a esta obra la pérdida de unos planos muy importantes de la Catedral, el Sagrario y el Palacio Arzobispal, cuya existencia consta, pero que andan perdidos hasta ahora. Mantengo la esperanza de encontrarlos en algún archivo español.

La alegría de vivir se refleja en sus ojos, a los que no asocian con la jornada diaria que comienza a las 4.20 de la mañana con la oración de las vigilia.

—¿Cómo podría transmitir a nuestros lectores sus fuentes de esperanza?

—Dios es nuestra esperanza. Los lemas de los benedictinos son "ora et labora" y el otro "ora et labora" no quisiera transmitir eso, porque en esta forma vivimos alegres, con optimismo, sin poner el acento en lo negativo. El lema de la paz, diría que es el gran mensaje que todo benedictino tiene que dar siempre y es lo que el Santo Padre pide que demos como testimonio.

Sonia Quintana